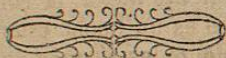


¿qué dices de tí mismo? le hemos oído responder siempre: *Soy el Cristo, Hijo de Dios igual en todo á mi Padre, Dios hecho hombre para salvar al mundo.*

El se llama Dios. El habla como Dios. Véamos ahora con que obras divinas confirma sus palabras.



Milagros de Jesucristo.

§ I.

Un milagro es un hecho exterior que excede *evidentemente* las fuerzas de la naturaleza, es el ejercicio *extraordinario* de la Omnipotencia de Dios en el mundo.

Negar la posibilidad de los milagros, es negar el poder de Dios, ó mas bien su existencia.

Siendo el milagro el sello de la divinidad (1) si Jesucristo es Dios, Jesucristo ha debi-

(1) Los nombres que han hecho milagros, los han realizado en el nombre de Dios, en el nombre de Jesucristo, Jesucristo solo ha hecho milagros en su nombre propio y por su poder personal.

do hacer milagros, y como los judios de Cafarnaum, tenemos el derecho de preguntarle ¿qué milagros haceis á fin de que creamos en Vos?

Jesucristo no teme esta prueba. Sus hechos hablan mas alto aun que sus palabras.

§ II.

En la segunda mansion que Jesucristo hizo en Jerusalem para la fiesta de los Tabernáculos, seguido de sus discipulos, encontró á un pobre mendigo ciego de nacimiento.

Maestro. Dijéronle los Apóstoles, ¿qué pecado ha cometido este hombre, ó sus padres para haber cegado?

No es por que hayan pecado, respondió el Señor, sino á fin de que las obras de Dios se manifiesten en Él, mientras estoy en este mundo, soy la luz del mundo.

Habiendo dicho estas palabras, escupió en la tierra, hizo un poco de lodo con su saliva, enbarró los ojos del ciego, y le dijo:

Vé y lábate en la piscina de Siloe (1)

(1) La fuente de Siloe, en siriaco, fuente del Meias.

Fué, pues, el ciego, se lavó y volvió con vista.

Sus vecinos, cuando le vieron sanado decian: No es él sino un hombre que se le parece.

Pero cómo afirmase que era él mismo: ¿Cómo le preguntaron, se han abierto tus ojos?

Ese hombre llamado Jesus, respondió, hizo un poco de barro, untó mis ojos, y me dijo "Vé á la piscina de Siloe y lávate." Fuí, me lavé y tengo vista.

Lleváronle á los Fariseos, que estaban reunidos en el Templo por ser Sábado.

Los Fariseos quedaron sobrecojidos. Interrogaron al ciego, el cual les refirió ingenuamente lo acontecido.

¿Qué dices tú, le decian, de ese que te ha abierto los ojos?

Es el Profeta, respondió.

Los Judíos dudaron entónces de que realmente aquel hombre hubiese sido ciego, y para averiguarlo llamaron á sus padres.

¿Es ese vuestro hijo, ciego de nacimiento dijéronles, ¿y cómo es que ve ahora?

Si, ese es nuestro hijo, ciego de nacimiento respondieron los padres, mas no sabemos cómo vé, ni quien le ha abierto los ojos. Preguntadle á él mismo.

Los Fariseos se miraron, pues, y le inter-rogaron nuevamente.

Dá gloria á Dios! sabemos que ese hombre es un pecador.

Si es un pecador, les dijo, no lo sé; lo que sé es que yo era ciego, y que ahora veo.

Mas como le estrechasen con nuevas preguntas: Ya os lo he dicho, respondió el mendigo, ¿queréis oirlo de nuevo? ó quereis tambien haceros sus discípulos?

Cargáronle entonces de maldiciones, diciéndole: Sé tu su discípulo; en cuanto á nosotros, lo somos de Moisés. Respecto de Jesus, decimos que ni sabemos quién es ni de dónde procede.

Es cosa bien estraña, repuso el ciego, que no sepais de dónde procede, y sin embargo haya podido abrimme los ojos. No se ha oido jamás que nadie haya dado vista á un ciego de nacimiento: si ese no fuera el hombre de Dios, no tendríá poder alguno.

Tu no eres mas que un pecador, exclamaron los Fariseos, y ¿quieres enseñarnos?

Los judíos indignados le arrojaron del Templo, y habiéndole encontrado Jesus, le dijo: ¿Crées en el Hijo de Dios?

¿Y quién es, Maestro, para que yo crea en Él?

Jesus respondió: El mismo que te habla.

Créo, Señor, exclamó el mendigo, y posternándose le adoró.

§ III.

Ocurrió en seguida la entrada de Jesus, en una villa llamada Naim, yendo acompañado de sus discípulos y de una grande multitud de gentes. Al aproximarse á las puertas de la ciudad, encontró á casi toda la poblacion que iba acompañando el cadáver de un jóven, á quien iban á enterrar, hijo único de una pobre viuda.

Al ver á la pobre madre desolada, Jesus se sintió movido de compasion, y le dijo: "No llores" y acercándose al ataúd le tocó, y los que le conducian se detuvieron.

Segun costumbre de los judíos el cadáver llevaba el rostro descubierto; y Jesus dijo: "Jóven, levántate yo te lo mando."

En seguida el muerto se levantó, y empezó ha hablar, y Jesus lo devolvió á su madre.

Sobrecojidos todos de espanto exclamaron: El Gran Profeta ha aparecido entre nosotros, y Dios ha visitado á su pueblo. El ruido de este prodigio se difundió en toda la Judea y en los países comarcanos.

A fines del primer siglo de la Iglesia, un discípulo de los mismos Apóstoles, llamado Cuadrato, en una apología del cristianismo dirigida al Emperador Adriano, citaba como testigos irrecusables de los milagros de Jesucristo á muchos de los que el Salvador habia milagrosamente curado ó resucitado, los cuales vivian aún cuando él escribía:

§ IV.

Otro milagro de Jesucristo tuvo testigos mas numerosos todavía.

Como se hubiese retirado á la Decápolis, ciudad inmediata al mar de Galilea, acudieron de todos los pueblos contiguos una multitud de gentes, y despues de tres dias de buscarle, descubriéronle sobre una montaña solitaria, rodeado de sus doce discípulos, á quienes hablaba del reino de Dios.

Movido de compasion á vista de aquella muchedumbre, fatigada del hambre y del cansancio, y viendo declinar el dia, Jesus se dirigió al Apóstol Felipe, y le dijo: ¿En dónde compraremos pan para alimentar á esta gente?

Doscientos denarios no son bastantes ni aun para dar á cada uno una migaja.

Andrés, hermano de Simon Pedro dijo:

Aquí hay un jóven que tiene cinco panes de cebada y dos peces ¿pero qué es eso para tantos?

Dijole Jesus: Mandad sentar á toda esa gente, eran cerca de cinco mil, sin contar las mugeres y los niños

Tomó Jesus los panes, y levantando los ojos al cielo, bendíjoles, los partió y dió á sus Apóstoles para que los distribuyesen á la turba.

Concluida la comida, dijo Jesus á sus discípulos: Recojed los pedazos que hayan quedado, y con ellos llenaron doce cestas.

Del propio modo que bajo la accion invisible y creadora de Dios, el grano germina en la tierra y alimenta á los hombres, así la adorable mano de ese mismo Dios Creador, hecho visible en su humanidad, multiplicaba el pan y artaba á todos.

En vista de este prodigio incomparable, exclamaban aquellas gentes: Este es en verdad el Profeta que debe aparecer en el mundo.

Por el Profeta que debe venir, los Judíos entendian el Mesías, esto esplica por qué se levantaron todos y quisieron llevarse á Jesus y hacerle Rey; por que las profecías todas relativas al Mesías anunciaban que este seria *Rey de Israel*.

Mas conociendo la intencion de aquellas gentes, el Salvador se retiró solo á orar en la montaña

§ V.

Habia mandado Jesus á sus Apóstoles que descendiesen á la costa de Betsáida, tomasen una barca y le esperasen en Cafarnaum á donde El iria á reunírseles.

Empero sobrevino de improviso un viento furioso, y al despuntar el sol apenas habian, apesar de sus esfuerzos, recorrido el espacio de treinta estadios, ó sean tres leguas. A cosa de las cuatro, vieron que Jesus andaba sobre el mar y se acercaba á la barca, lo cual hizo le tuviesen por un fantasma, y lanzaron gritos de espanto.

Pero El, dirigiéndoles acto continuo la palabra: Tened confianza, les dijo, soy yo, no temais.

Entónces le dijo Simon Pedro: Señor si sois voz, mandadme ir á donde estais.

Ven, pues, le respondió Jesus.

Pedrosalió al punto de la barca, y dió algunos pasos sobre las olas. Mas viendo la violencia del oleaje, tuvo miedo, y como que advirtiese que se undia, gritó.

Señor, Señor salvadme.

Jesus entónces le dió la mano, y le dijo: Hombre de poca fé, ¿por qué has dudado? Entrados ambos en la barca, en seguida se sosegó la tempestad y se hallaron en la playa.

Poseidos de asombro y de admiracion, los discípulos que estaban en la barca, se prosternaron á los piés de Jesus, y exclamaron: Maestro, verdaderamente sois vos el Hijo de Dios.

En efecto, Dios permanecia, no obstante las humillaciones de su Encarnacion, Señor Omnipotente de la naturaleza: con una sola palabra apaciguó la tempestad del mar, símbolo de esas otras tempestades, hartomas profundas y deplorables que ha venido á calmar en nuestros corazones.

§ VI.

¿Será preciso citar aquí tanta multitud de interesantes milagros como el Salvador parece sembrar á su paso, y cuyo divino cómputo forma los Evangelios? La repentina curacion del ciego de Jericó, á quien Jesucristo dice: "Vé y le restituyó la vista, la de la pobre muger que de diez y ocho años de angustioso padecer, con el simple con-

tacto de los vestidos de Jesucristo sana inmediatamente: y tantas otras manifestaciones de la divinidad y del amor al mismo tiempo del buen Jesus.

Pero descuella entre todos un milagro, el mas importante y solemne quizá de todos; pues sirvió á los Fariseos de pretexto de sus últimos conciliábulos: á saber, la resurreccion de Lázaro.

Lázaro era un hombre rico, muy amado de Jesus, y hermano de Márta y de María Magdalena.

Habitaba en Betania, á cuatro leguas de Jerusalem, y daba frecuentemente hospitalidad al Salvador y á sus Apóstoles.

Cayó enfermo Lázaro, y como sus hermanas le viêsen en peligro, se lo anunciaron á Jesus, que á la sazón se hallaba en Galilea, y le dijeron:

“Señor el que amais está enfermo.”

Jesus respondió: esta enfermedad no es de muerte, sino para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella.

Apesar del amor que Jesucristo profesaba á Lázaro y á sus hermanas, permaneció dos dias en el lugar en que se hallaba, y despues dijo á sus discípulos:

Ahora vámonos á Judea. Nuestro amigo Lázaro duerme, y voy á despertarle.

Mas si duerme ¿está curado? dijeron los Apóstoles.

Jesus respondió: Lázaro ha muerto y me alegro de no haber estado allí por vosotros, cuya fé vá á confirmarse y robustecer más y más.

Pusiéronse, pues, en camino, y al llegar Jesus á Betania, llevaba Lázaro cuatro dias de muerto y de estar depositado en el sepulcro.

Marta y María continuaban en su casa sumidas en el dolor y en el mas aservo llanto. Sus conocidos y amigos se habian quedado con ellas para compadecerlas y consolarlas.

Sabedora Marta de la proximidad de Jesus, levántase, le sale al encuentro y exclama: Señor; si hubiéseis estado aquí no hubiera muerto mi hermano.

Y Jesus le dijo: Tu hermano resucitará.

Sé, dijo Marta, que resucitará en el último dia.

Yo soy, repuso Jesucristo, *la Resurreccion y la vida*. El que cree en Mí vivirá aun cuando hubiese muerto; y aquel que cree en Mí, no morirá eternamente.

¿Lo crees tu así?

Y la fiel Maria respondió: Sí, Señor, creo que vos sois Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que ha venido á este mundo.

Apartóse Marta en seguida para llamar á María su hermana, la cual levantándose acto continuo, salió también á ver á Jesus, y arrojándose á sus pies, le dijo.

¡Oh Señor! mi hermano no hubiera muerto si hubiérais estado aquí.

Viendo Jesus que el mismo ella que los Judíos que le habian seguido lloraban, se enterneció, y conmovido su corazón, les dijo.

¿En dónde le habeis colocado?

Y ellos le respondieron, Señor, venid á verle. Y Jesus lloraba; visto lo cual por los Judíos, decian: Mirad como le amaba. Otros añadian en voz baja: ¿no podia, el que ha dado vista á un ciego, impedir que Lázaro hubiese muerto?

Jesucristo entre tanto se acercó al sepulcro, el cual era una especie de concavidad abierta en la roca y cerrada con una gran piedra.

Levantad esa piedra, dijo Jesus.

Entonces dijo Marta: Señor, ya huele mal, por que hace cuatro dias que ha muerto.

¿No te he dicho ya, replicó el Salvador, que si crees, verás la gloria de Dios?

Levantada la piedra, dirijiendo Jesus una mirada al cielo, dijo.

Padre mio, os doy gracias porque me habeis oído. Por lo que á Mi hace, se que siempre me oís, mas digoos esto, á fin de que este pueblo sepa que me habeis Vos enviado.

Y exclamó: ¡Lázaro, sal fuera!

Levantóse el muerto inmediatamente; atado todavía de piés y manos, con las ligaduras fúnebres y cubierto el rostro con una especie de sudario.

Y Jesus dijo: Desatadle para que pueda andar.

Un número considerable de judíos que estaban presentes creyeron en Jesucristo, y en seguida el ruido que causó la resurrección de Lázaro, se difundió en Jerusalém y por toda la Judea.

Al saber esto los enemigos del Señor, se llenaron de rabia y se reunieron en Jerusalém, en casa de Caifás, Sumo Sacerdote, diciendo: es preciso tomar una resolución, por que este hombre hace milagros, y nosotros no podemos negarlo.

VII.

Los judíos, en efecto, como los paganos de los primeros siglos, jamás pensaron en

negar los milagros de Jesucristo. Si hubieran podido no hubieran dejado de hacerlo, y ese hubiera sido el medio mas sencillo de derribar por su base las nuevas creencias. Pero ¿cómo negar hechos realizados en medio del día, dentro de los mismos muros de Jerusalém ó de las principales ciudades de la Judea, á vista de un pueblo inmenso, y ante los mismos enemigos del Salvador?

Preciso era sin embargo, explicar de algun modo esos milagros, en los cuales se apoyaba toda la predicacion de los Apóstoles. No pudiendo, pues negarlos, los desnaturalizaban atribuyéndolos unas veces á un poder diabólico, otras á obra de magia, y finalmente á un supuesto hurto del nombre incomunicable de Jehová, que decían haber robado Jesus en el Templo: fábulas ridículas que seria inutil refutar.

El orgullo, la falsa justicia, el interes personal y otras mil pasiones, animaban á los fariseos contra Jesucristo, con harta razon pues les pudo decir el Salvador despues de la resurreccion de Lázaro: "Aun cuando viéseis resucitar á un muerto, no lo creeríais."

De esta incredulidad de una parte de los judíos resulta para todos una gran leccion, á saber: que para creer no es bastante toda-

vía ver milagros, sino que es preciso ademas amar la verdad, buscarla de buena fé, y tener un corazon sencillo y puro.

Llevamos demostrado que Jesus se ha llamado así propio Dios, y que ha confirmado con milagros su palabra. Réstanos ahora ver si su vida entera corresponde á sus palabras y á sus obras.

